Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



El fin del mundo comunista

Carlos Taibo

86

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-8088-1997

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 23 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



En portada, Boris Yeltsin, durante la visita a una instalación militar. Izquierda, Gromiko y Breznev, en 1980, última época del fulgor soviético



Boris Yeltsin, el hombre que irrumpió en la política soviética como un ciclón y terminó con lo poco que quedaba ya de los sueños de Lenin y Stalin

El hundimiento del comunismo

Carlos Taibo
Director del Programa de Estudios Rusos.
Universidad Autónoma de Madrid

La crisis final de los sistemas de tipo soviético es un acontecimiento de dimensiones históricas difícilmente exagerables. Con ella no sólo se ha cerrado la más significada de las experiencias no capitalistas de los dos últimos siglos: ha experimentado también una profunda mutación un orden internacional marcado, hasta hace bien poco, por la resolución de la Segunda Guerra Mundial y por el consiguiente acceso de la Unión Soviética a la condición de potencia planetaria.

La crisis que nos ocupa ha suscitado, por lo demás, discusiones e interpretaciones que en modo alguno pueden considerarse cerradas. Los especialistas no se ponen de acuerdo, por ejemplo, a la hora de calificar a los sistemas de tipo soviético o a la de identificar las causas de su derrotero final. Esos sistemas se antojan una extraña amalgama de contenidos que tienen los orígenes más dispares: si por un lado es innegable que las ideas socialistas forjadas en el siglo XIX tuvieron una poderosa influencia en la vertebración del sistema soviético y de sus retoños, no puede soslayarse el poderoso ascendiente ejercido, también, por el capitalismo (y, en particular, por su visión jerarquizadora, su permanente apuesta por la división del trabajo, su adoración del desarrollo de las fuerzas productivas y su reivindicación de un progreso permanente). A la hora de definir esos sistemas hay que llamar la atención, por añadidura, sobre el legado de un espacio histórico singularísimo en el que en el pasado menudearon despotismos burocráticos que algún parecido guardan con las fórmulas que cobraron cuerpo en el siglo XX.

Al calor de esa enorme complejidad —que obliga a recelar, por cierto, del empleo del término *comunismo* para calificar a los sistemas objeto de nuestra atención— no puede sorprender que las disputas contemporáneas alcancen con frecuencia un notorio aliento histórico. Así lo revelan los estudios, cada vez más frecuentes, sobre la relación entre la experiencia soviética y ese singularísimo espacio al que acabamos de referirnos. Otro tanto puede decirse de los trabajos que examinan en qué medida la desaparición de los regímenes de *socialismo real* está llamada a poner fin a todas las experiencias de *ingeniería* económica y social. Agreguemos, por si poco fuera, que el porvenir está lleno de incertidumbres al menos en lo que respecta al principal de los Estados del área: la Federación Rusa.

Aun con estos antecedentes, que invitan a la cautela, las páginas que siguen se proponen ofrecer una descripción general de lo ocurrido en la Europa central y oriental entre 1985 y principios de la década de 1990. Al respecto se estudian la crisis que acabó por atenazar a los sistemas de tipo soviético, el significado de la *perestroika,* las llamadas *revoluciones de 1989,* los inicios de la desintegración del Estado federal yugoslavo y la disolución postrera de la URSS. Como se verá, la atención se concentra en los grandes procesos y en las interpretaciones que suscitan, antes que en una descripción pormenorizada de los hechos.

La crisis de los sistemas de tipo soviético

Todos los estudios serios convienen en reconocer que el sistema soviético —y con él sus reproducciones en la Europa central y balcánica— arrastraba, acaso desde los años sesenta, una visible crisis. El principal de los signos externos de esa crisis no era otro que

una sistemática reducción en los niveles de crecimiento económico. La producción y las inversiones fueron reduciéndose hasta alcanzar lo que probablemente fue un crecimiento negativo a finales de la década de 1970. Las estadísticas oficiales propendían a camuflar este fenómeno y escondían, por lo demás, otra realidad: muchos de los bienes producidos se caracterizaban por su escasa calidad y por su general inadaptación a las exigencias de un nuevo tipo de desarrollo económico.

Un criterio comúnmente manejado sugiere que la planificación centralizada demostró sus mayores capacidades en los momentos iniciales de su despliegue. Una vez superados éstos se pusieron de manifiesto, sin embargo, sus limitaciones, tanto mayores cuanto que las direcciones políticas —en la URSS como en sus aliados— parecían remisas a introducir cambios. El aplazamiento de estos últimos no hizo sino dificultar la tarea, algo que pudieron comprobar más adelante los dirigentes que intentaron acometer, en condiciones muy precarias, una reforma postrera. Muchas veces se ha señalado que la última posibilidad de sacar adelante una reforma en condiciones en el caso de la URSS se truncó cuando, a finales de la década de 1960, se dejó de lado lo que dio en llamarse *reforma de Kosiguin* y se inició, al amparo de la figura de Breznev, una larga etapa de estancamiento.

Muchos y variados fueron los signos de la crisis que nos ocupa. Se ha apuntado, por lo pronto, que la reducción operada en las tasas de crecimiento hacía poco menos que imposible satisfacer las demandas que llegaban de ámbitos muy diversos: la industria reclamaba una modernización tecnológica que se iba postergando, la agricultura exhibía niveles de rendimiento muy bajos, la población tenía motivos sobrados para protestar por sus mermadas posibilidades de consumo, los sectores generadores de materias primas energéticas exigían inversiones crecientes que permitiesen preservar los niveles de exportación y, en fin, las fuerzas armadas querían para sí la parte del león de unos recursos manifiestamente escasos.

Todo lo anterior no era sino el reflejo de una situación económica muy delicada. El *centro* planificador no sólo había perdido su capacidad para influir en el derrotero de los acontecimientos: apenas disponía, y esto era sin duda más grave, de un conocimiento real de lo que estaba sucediendo. Con un sistema hiperburocratizado, la ausencia de estímulos, económicos o extraeconómicos, se había convertido en un mal endémico. El despilfarro característico de los decenios anteriores se había traducido, por otra parte, en un progresivo agotamiento de recursos básicos, algo que ilustraba de manera fehaciente lo que ocurría en una industria, la del petróleo, en la que se había hecho necesario acometer inversiones urgentes para mantener los niveles de producción. Agreguemos, en fin, los problemas que acosaban a la innovación tecnológica, pronto traducidos en un desfase cada vez mayor con respecto a las potencias occidentales.

Ningún dato arroja una mayor luz sobre la hondura de la crisis que el que da cuenta de dos circunstancias demográficas. Tanto en la URSS como en la mayoría de sus aliados en la Europa central y balcánica se hicieron valer, entre 1975 y 1985, dos fenómenos desconocidos en sociedades que no habían padecido catástrofes naturales o conflictos bélicos: mientras, por un lado, la tasa de mortalidad infantil experimentó un brusco crecimiento, la esperanza de vida al nacer se redujo de forma significativa. Uno y otro dato ilustraban, como no podía ser menos, una crisis social —y en paralelo una crisis ecológica— de perfiles agudísimos y revelaban bien a las claras la incapacidad de los diferentes regímenes para encarar problemas básicos.

La situación descrita difícilmente puede separarse de un hecho de dimensión, no ya económica, sino política. Bien que en momentos distintos, los sistemas de tipo soviético habían permitido un notorio, aunque irracional, desarrollo que se había traducido en una visible modernización: la industrialización avanzó por doquier, a su amparo lo hizo también la urbanización y —por mencionar el tercer elemento de una tríada— la educación alcanzó a la mayor parte de la población. Mientras las sociedades adquirían, en otras palabras, una creciente complejidad, las instituciones políticas —marcadas por el monopartidismo y la falta de libertades— y las fórmulas económicas en vigor mostraban una ostentosa falta de adaptación a las nuevas exigencias.



Los días del deshielo Este-Oeste. Arriba, el secretario del PCUS, Leonidas Breznev —izquierda— con el canciller Willy Brandt —derecha— y el ministro de Exteriores, Walter Scheel —centro— de la República Federal de Alemania; abajo, Breznev brinda con el presidente de EE.UU., Richard Nixon, el presidente de la URSS, Podgorny y su ministro de Exteriores, Gromiko



Los fenómenos descritos se hacían sentir también, con unas u otras modulaciones, en los Estados europeos integrados en el bloque soviético: la República Democrática Alemana (RDA), Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria. Es verdad que en algunos de ellos los problemas políticos alcanzaban un relieve muy superior al característico en la URSS. Tal era el caso, en particular, de Polonia —donde a finales de la década de 1970 se había producido el auge del sindicato *Solidaridad*— y, en menor medida, el de la RDA, Checoslovaquia y Hungría. Este hecho remitía, en una de sus dimensiones, a problemas graves de legitimación de unos regímenes que habían surgido por efecto de la presencia militar soviética al concluir la guerra. Aunque en estos países se había verificado un calco del sistema económico de la URSS, algunos datos —así, las menores dimensiones de las unidades productivas, la dependencia energética y el menor relieve del gasto militar— los separaban de la realidad económica soviética. Mientras en el plano militar y estratégico la URSS dictaba condiciones en su propio beneficio, estos países se veían obligados a acatar los designios de Moscú, que en la era brezneviana no había protagonizado, por cierto, ningún giro liberalizador. Aun con diferencias de papel y con realidades dispares, parece que puede sostenerse que los aliados de la URSS reproducían de manera precisa, pese a todo, los términos de la crisis soviética.

¿Qué fue la *perestroika*?

Los primeros signos de que algo empezaba a cambiar en la URSS se produjeron al morir, en 1982, Breznev. Su sustituto, Andropov, intentó acometer algunas reformas. Otrora responsable del KGB, Andropov introdujo medidas —así, una sonada campaña antialcohólica— que comúnmente fueron calificadas de *disciplinarias*: intentaban extremar el control sobre determinados aspectos de la vida económica, pero sin alterar en un ápice la osamenta del sistema. A Andropov, fallecido en 1984, lo reemplazó Chernenko, quien apenas tuvo tiempo de tomar las riendas del país. Tras su muerte, en marzo de 1985, accedió a la secretaría general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) un hombre sensiblemente más joven, Mijail Gorbachov, quien a primera vista estaba dispuesto a seguir el camino incipientemente trazado por Andropov. Valgan las observaciones que acabamos de realizar para recordar que las reformas gorbachovianas no surgieron de la nada: en la cúpula de poder en la URSS se hacía notar desde algunos años atrás una conciencia cada vez más asentada sobre la necesidad de introducir cambios.

Gorbachov había nacido en 1931 y se había incorporado a la máxima instancia de poder en la Unión Soviética, el Politburó, en 1979. Era, pues, un producto del aparato burocrático que dirigía el país y en modo alguno podía presentarse como un contestatario permeable a subversivos programas. Una vez convertido en secretario general del PCUS, su compromiso con una línea reformista no fue, por lo demás, inmediato. Los primeros años de lo que al poco se conoció como *perestroika* lo fueron de balbuceos: Gorbachov promovió, por ejemplo, una nueva campaña antialcohólica, pero apenas emitió otra cosa que esperanzadores mensajes. Es verdad, con todo, que pronto se revelaron los primeros signos de una mayor transparencia informativa —la *glasnost*— al tiempo que la URSS asumía una franca distensión en sus relaciones internacionales; significativo fue, por ejemplo, que en el otoño de 1985 se celebrase una cumbre entre los máximos dirigentes soviético y norteamericano, algo impensable unos meses atrás.

La apuesta por una política reformista más decidida hubo de aguardar a los primeros meses de 1987. En junio de ese año se aprobó una *Ley de empresas del Estado* que sobre el papel se proponía introducir una mayor descentralización y otorgar cierto margen de autonomía a las unidades de producción. Es importante recordar —frente a lo que tantas veces se ha dicho— que esta ley reflejaba una conciencia cada vez más honda de la necesidad de modificar las fórmulas de dirección económica, y que el hecho de que viera la luz bastante antes que cualquier medida encaminada a reformar el sistema político daba buena cuenta de cuáles eran las intenciones primeras de Gorbachov, probablemente próximas a lo que con el tiempo se ha conocido como



Breznev firma el Tratado de Limitación de Armas Nucleares, SALT II, en 1978

el *modelo chino.* Fueren las cosas como fueren, la *Ley de empresas del Estado* no tuvo mayores efectos sobre una estructura que seguía funcionando con arreglo a criterios muy asentados, y esto acabó por convertirse en un rasgo general de toda la etapa de *perestroika.* Es cierto, sin embargo, que en el mismo año 1987, y de manera menos espectacular pero más consistente, empezaron a proliferar, merced a una *Ley de cooperativas,* distintas formas de trabajo privado.

A mediados de 1988 una Conferencia Extraordinaria del PCUS sentó las bases de una contenida reforma política. La Conferencia permitió, ya en marzo de 1989, la celebración de unas elecciones en las que, por vez primera en muchos decenios, pudieron contender diferentes candidatos. Significativo fue que un dirigente que había sido defenestrado por Gorbachov en 1987, Yeltsin, consiguiese una clara victoria en la ciudad de Moscú: las elecciones pusieron de manifiesto que el panorama político era sensiblemente más complejo que el previsto por una dirección soviética obligada a apreciar el rápido crecimiento de fuerzas de oposición. La población empezaba a contestar, en otras palabras, un proyecto de reformas que, pese a promover en marzo de 1990 la supresión del papel dirigente del PCUS —contenido en la Constitución—, colocaba a éste en un lugar central, reservaba a sus dirigentes un sinfín de prebendas y en el mejor de los casos promovía una movilización controlada de la ciudadanía, en la que los elementos de control eran mucho más recios que los de la misma movilización.

Las razones de un cambio

El período que acabamos de glosar —el que transcurre entre principios de 1987 y el verano de 1990— puede considerarse la etapa central, por todos los conceptos, de la *perestroika* gorbachoviana. No sólo fue un momento de despliegue de reformas más o menos radicales y más o menos afortunadas: fue también la etapa en la que se pusieron de manifiesto los grandes problemas que Gorbachov tenía que encarar. Así, mientras la situación económica y social fue empeorando, aparecían —como acabamos de subrayar— genuinas fuerzas de oposición y, por encima de todo, empezaban a surgir en la periferia demandas que encontraban un vehículo adecuado en movimientos nacionalistas cada vez más poderosos. El Báltico y el Cáucaso eran los dos principales núcleos de manifestación de esas demandas.

Es verdad, con todo, que la política exterior arrojaba resultados positivos. Bastará con recordar al respecto que los EE.UU y la URSS firmaron en diciembre de 1987 un acuerdo de supresión de sus fuerzas nucleares de alcance medio con base en tierra y que la Unión Soviética procedió a retirar sus contingentes militares presentes en Afganistán. Por encima de todo, la URSS asumió una posición no intervencionista ante los procesos que se desarrollaban en el seno de sus aliados centroeuropeos y balcánicos. Esa posición condujo al poco a cambios tan importantes como los asociados con la desaparición de los bloques militar (el Pacto de Varsovia) y económico (el CAEM) encabezados por Moscú desde los años de la postguerra.

Las reformas gorbachovianas se agotaron, en los hechos, en la etapa que acabamos de reseñar; de su final nos ocuparemos más adelante. Si es menester describirlas en algunos rasgos muy generales, éstos podrían ser cuatro. En primer lugar, la *perestroika* no respondió en momento alguno a un programa bien tramado; en ausencia de éste, lo que se produjo casi siempre fue un aferramiento a lo previamente existente. En segundo lugar, las reformas se agotaron a menudo en la reiterada enunciación de grandes principios; detrás de ellos había, sin embargo, pocas medidas concretas que introdujesen cambios reales, algo muy evidente en el tratamiento de los problemas económicos y en el encaramiento de la *cuestión nacional.* En tercer lugar, la *perestroika* se vio acompañada, desde el principio, de una permanente degradación en la situación económica; los dirigentes reformistas pronto tuvieron que hacer frente a problemas —inflación, déficit público...— inéditos en la economía soviética. En cuarto término, en fin, el proyecto de Gorbachov experimentó una pérdida progresiva de apoyos, sin que sus adalides —marcados por un visible desdén hacia la población y sus capacidades autónomas de decisión—



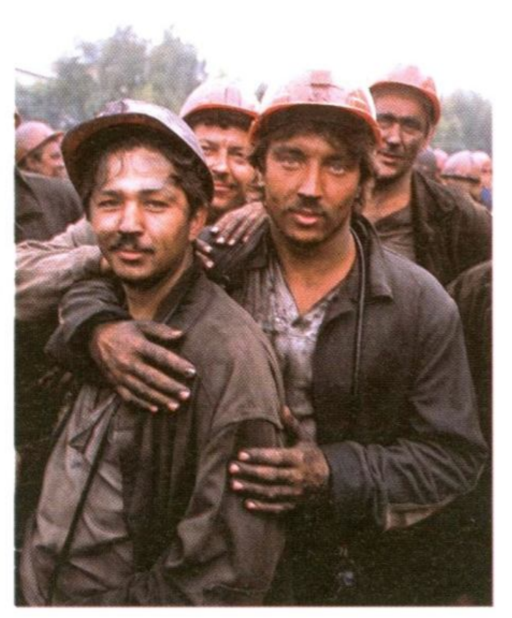
Dos instantáneas de la guerra de Afganistán: arriba, una mujer pakistaní con un clavel en la mano, junto a un grupo de soldados soviéticos.
Abajo, el ejército gubernamental pakistaní recibe a una columna acorazada soviética



supieran desplegar respuesta alguna.

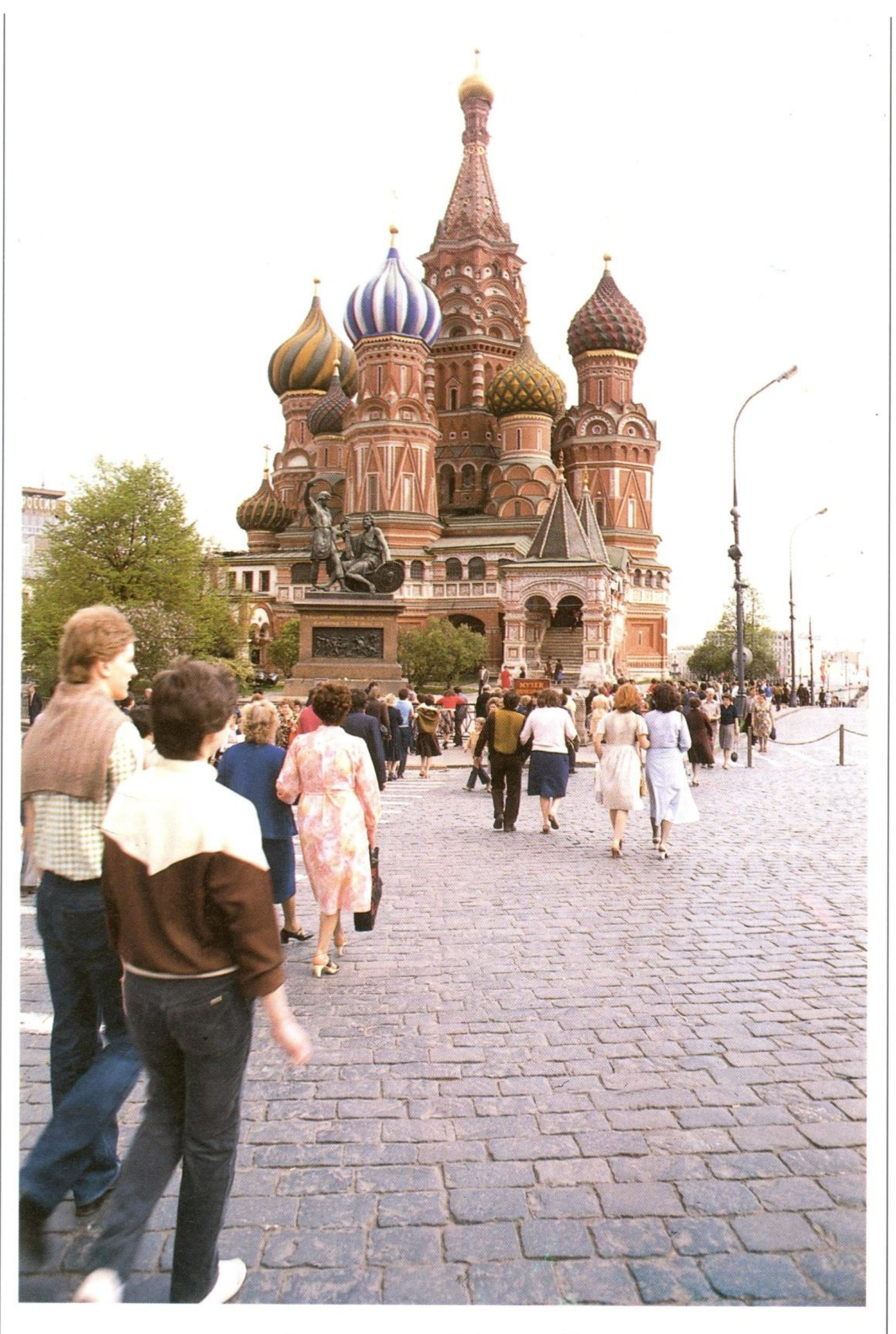
Aun con todo lo anterior, no puede olvidarse que la *perestroika* tuvo, también, consecuencias positivas. Permitió, ante todo, cierto grado de liberalización. Por vez primera en muchos decenios los ciudadanos soviéticos pudieron expresarse y reunirse con relativa libertad, mientras la *intelligentsia* —en particular la de las naciones de la periferia— procedía a analizar críticamente el pasado. Mal que bien, vieron la luz, por otra parte, algunas instituciones de cariz semidemocrático. Desde la Unión Soviética se alentó, en suma, la configuración de unas relaciones internacionales en las que remitieron muchos de los elementos de confrontación característicos del pasado.

Los especialistas siguen debatiendo, de cualquier modo, sobre el sentido de fondo de las reformas gorbachovianas. Al respecto son dos las grandes interpretaciones que se han hecho valer. La primera subraya la estrecha relación de Gorbachov y de su proyecto con las estructuras de poder propias del sistema soviético. Conforme a esta visión de los hechos, la *perestroika* fue ante todo un intento de modernizar el poder burocrático. Consciente de la necesidad de introducir cambios en un sistema anquilosado, Gorbachov habría ofrecido a los sectores más profesionalizados y abiertos de la *nomenklatura* un horizonte de reciclaje en el magma de nuevas fórmulas políticas y económicas. De esta forma se explicarían muchas de las cautelas —control desde arriba, escasa voluntad de desplegar mecanismos realmente innovadores, guiños frecuentes a las posiciones más conservadoras— incorporadas a un proyecto de reformas marcado a menudo por una impronta *neoburocrática*.



Pero junto a la visión anterior hay otra que interpreta que los dirigentes reformistas, con Gorbachov a la cabeza, llegaron pronto a la conclusión de que el sistema soviético era irreformable y de que, en consecuencia, había que buscar otros horizontes. Según esta interpretación, tales horizontes no podían ser otros que los vinculados con una imitación de los modelos políticos y económicos propios del mundo occidental. Estos modelos —y singularmente el vinculado con la *economía de mercado*— no se reivindicaron de forma abierta porque ello hubiera supuesto una agudísima convulsión en un sistema históricamente acostumbrado a satanizarlos. La huella de este Gorbachov *criptocapitalista* se dejó ver, en fin, en su adhesión, cada vez más clara, al principio del mercado, en su apuesta por integrar a la URSS en instituciones económicas como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y, sobre todo, en su intento, bien que fallido, de recrear en la economía soviética las condiciones laborales clásicas de los sistemas capitalistas.

Las dos interpretaciones que acabamos de glosar —la *neoburocrática* y la *criptocapitalista*— pueden invocar en su provecho argumentos sólidos. Muy probablemente Gorbachov inició su singladura reformista con un horizonte *neoburocrático,* si bien con el paso de los meses se avino a incorporar significativos elementos *criptocapitalistas*. Más adelante tendremos la oportunidad de recordar que las tomas de posición neoburocráticas reaparecieron, sin embargo, en el otoño de 1990. La polémica interpretatoria que nos ocupa puede trasladarse con relativa facilidad, por lo demás, al terreno histórico. Así, quienes sostienen que el aliento fundamental de Gorbachov era el vinculado con la defensa de unas u otras capas de la *nomenklatura* apuntan en último término una conclusión: el dirigente soviético apostaba por una reforma *dentro del sistema* que en modo alguno deseaba zanjar el experimento de *ingeniería* política, económica y social iniciado en 1917. Quienes, por el contrario, consideran que el designio gorbachoviano acabó siendo la imitación de los modelos occidentales interpretan, a buen seguro, que la *pe-*



Dos consecuencias de la *perestroika:*
izquierda, mineros ucranianos en huelga, julio de 1989, y mayor apertura exterior:
turistas occidentales junto a la catedral de San Basilio



restroika fue en los hechos un intento de devolución del espacio ruso/soviético a la aparente *normalidad* que había sido alterada por la Revolución de Octubre. El hecho de que a la postre la *perestroika* fracasase quitó buena parte de su lustre, claro es, a esta discusión.

Las revoluciones de 1989

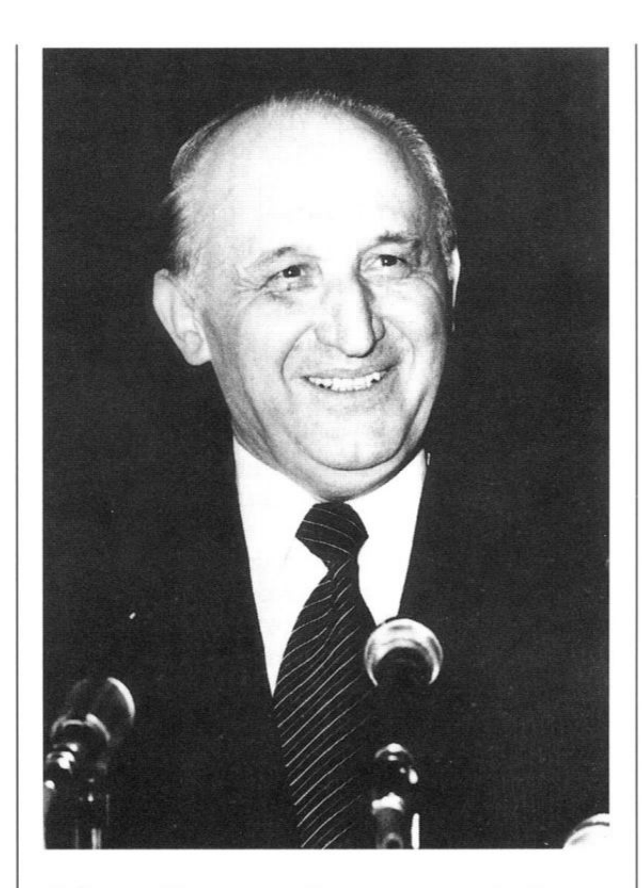
La *perestroika* pronto tuvo su eco en los aliados de la URSS en la Europa central y balcánica. A partir de 1987 la política soviética al respecto empezó a registrar novedades. Tras un inicial intento de mantener el *statu quo* a través, sobre todo, de una renovación del Pacto de Varsovia como la operada en 1986, Gorbachov asumió un mensaje que, aunque cargado de ambigüedad, reflejaba incipientes cambios. Así, mientras a los aliados se les reconocía el derecho a buscar caminos propios, tal reconocimiento se veía acompañado de frecuentes admoniciones ante la eventual ruptura de la *solidaridad socialista* o el incumplimiento de los deberes en el marco del Pacto.

En 1989 era ya evidente, sin embargo, que la URSS —maniatada por sus problemas— no intervendría en el caso de que alguno de los miembros del Pacto de Varsovia buscase una vía independiente y pasase a asumir, por qué no, una crítica franca de la política soviética. Por lo que parece, semejante decisión le fue comunicada por Gorbachov al máximo dirigente de la RDA, Honecker, en octubre de 1989. Conviene subrayar, de cualquier modo, que la URSS no estaba estimulando eventuales procesos de independización, sino que se limitaba, en los hechos, a tolerarlos, consciente de los tributos que tendría que pagar si reasumía políticas de intervención como las del pasado. Aun con todo, y siquiera por omisión, puede considerarse que la política soviética fue el estímulo principal —a menudo más poderoso que los flujos internos— de lo acaecido en la RDA, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania y Bulgaria a finales de la década de 1980.

Los países citados siguieron, sin embargo, caminos distintos que se pueden acotar en tres modelos. El primero, el propio de Polonia y de Hungría, se caracterizó por la ausencia de cortes drásticos o, lo que es lo mismo, por el despliegue de acuerdos entre quienes estaban en el poder —los partidos únicos o, en su caso, los partidos dirigentes propios de la época soviética— y quienes se encontraban en la oposición. El segundo modelo, que ilustra-

ron la RDA, Checoslovaquia y Bulgaria, incorporó una situación de ruptura que en los tres casos se produjo en los últimos meses de 1989 y que condujo rápidamente al poder, sin violencia, a quienes poco antes se encontraban en la oposición, cuando no en las cárceles. En el último de los modelos, el rumano, se hizo valer una situación extremadamente tensa —un amago de guerra civil, de nuevo en los últimos días de 1989— en la que la violencia hizo acto de aparición en el proceso de derrocamiento del régimen encabezado por Ceaucescu.

El primer signo claro de resquebrajamiento de los viejos poderes se produjo en **Polonia** a principios de 1989, en la forma de una *mesa redonda* en la que participaron representantes del gobierno presidido por el general Jaruzelski y responsables del sindicato *Solidaridad*. Se alcanzó un acuerdo que incorporaba un compromiso de organización de elecciones legislativas; en éstas, y pese a que el gobernante Partido Obrero Unificado Polaco (POUP) se reservó muchos escaños, se produjo un sonoro triunfo de los candidatos de *Solidaridad*. Semejante circunstancia abocó en agosto de 1989 en la designación de un miembro del sindicato, Mazowiecki, como primer ministro. Quedaba así inaugurada una especie de *cohabitación* que a la larga condujo a una paradoja: tras las revoluciones de finales de 1989 en otros países del área, Polonia, pese a ser la punta de lanza de tantos cambios, acabó por encontrarse provisionalmente por detrás de todos ellos.



Arriba, izquierda, Gorbachov junto a uno de los supervivientes políticos de la etapa anterior, Gromiko. Arriba, derecha, Theodor Zivkov, el presidente búlgaro. Abajo, efusivo beso entre Breznev y el secretario del PC de la República Democrática Alemana, Honecker



En 1990 se revelaron los primeros signos de división en *Solidaridad*. La ruptura se hizo manifiesta cuando, en el otoño de ese año, el dirigente histórico del sindicato, Walesa, disputó con éxito la presidencia del país al ya mentado Mazowiecki y a un candidato independiente, Tyminski. Las elecciones generales celebradas en octubre de 1991 ilustraron, por lo demás, la enorme fragmentación de un panorama político en el que destacaban sobremanera las formas autoritarias del presidente Walesa. En paralelo, y a través de lo que se dio en llamar la *terapia de choque* de Balcerowicz, Polonia era el primer escenario de despliegue de las duras reformas económicas que habían de manifestarse en varios países del área.

Por lo que a **Hungría** respecta, no puede olvidarse que el régimen liderado por el Partido Socialista Obrero Húngaro (PSOH) había experimentado ya en los decenios anteriores una relativa liberalización. La represión políti-

ca no era tan dura como en otros países del bloque soviético y habían aparecido, al tiempo, fórmulas de trabajo privado que se habían extendido sobre todo en la agricultura. A partir de 1988 se hicieron sentir en la dirección del PSOH cambios paulatinos que abocaron en la irrupción de dirigentes reformadores como Grosz y, más adelante, Nyers. En paralelo se produjo la normalización de la actividad de formaciones políticas de oposición en el marco de un proceso que culminó con unas elecciones generales pluripartidistas celebradas en marzo de 1990. Las elecciones se saldaron con la derrota de los socialistas y otorgaron el triunfo a una coalición conservadora. Göncz se convirtió en presidente de la República, mientras Antall era designado primer ministro. Si algo singularizaba el panorama político húngaro era la reaparición, con cierto peso, de fuerzas que se consideraban herederas de partidos existentes con anterioridad a los años cuarenta.



En el otoño de 1989 se verificaron rápidos cambios en la dirección del Partido Socialista Unificado (PSU) de la **RDA.** Krenz fue designado, en sustitución de Honecker, nuevo secretario del PSU en octubre, y Modrow se convirtió un mes después en primer ministro. La huida, masiva, de ciudadanos germanoorientales a través de la frontera de Hungría con Austria —acompañada de la paralela certeza de que la URSS no tenía intención alguna de intervenir militarmente— provocó una tensa situación que a la postre se saldó con la apertura, a principios de noviembre, del muro que dividía la ciudad de Berlín. Fueron baldíos los intentos posteriores de reenderezar la situación acometidos por la dirección del PSU.

En marzo de 1990 se celebraron elecciones que le otorgaron el triunfo de los cristiano-demócratas de De Maiziere. Al tiempo, experimentaba una notoria aceleración el proceso de reunificación alemana, algo a lo que no era ajeno el visto bueno que acabó por darle la URSS. La ayuda económica de la RFA no impidió, sin embargo, la manifestación de agudas tensiones sociales en una parte de Alemania en la cual se verificó, en fin, un rápido arrinconamiento de las élites políticas propias de la RDA.

Aunque a finales de 1987 se había producido en **Checoslovaquia** un cambio en la dirección del Partido Comunista —Jakes había reemplazado a Husak, quien conservó, sin embargo, la jefatura del Estado—, a diferencia de lo ocurrido en Polonia y en Hungría ningún intento de reforma se había abierto camino. Los acontecimientos se

Arriba, Breznev con el presidente rumano Nicolae Ceausescu, el único dirigente comunista liquidado durante el derrumbamiento de los regímenes del Este. Derecha, curioso juego de *matriuskas:* Nicolás II, Lenin, Stalin, Kruschov, Breznev, Yeltsin y Gorbachov





aceleraron sensiblemente en los últimos meses de 1989. Tras la creación de un Foro Cívico y un intento de formación de un Gobierno de *acuerdo nacional* presidido por Calfa, Husak se vio obligado a dimitir, circunstancia que facilitó, ya en diciembre, la designación de Havel, un escritor que había padecido sucesivos encarcelamientos, como presidente de la República. La resistencia del Partido Comunista, que había experimentado un rápido intento de *aggiornamento* bajo la dirección de Adamec, fue poco menos que nula.

El Foro Cívico se impuso sin mayores problemas en las elecciones generales celebradas en junio de 1990. En adelante cobró cuerpo, sin embargo, una relación tirante entre el presidente Havel y el primer ministro Klaus, responsable en Bohemia y Moravia de una escisión del Foro, el llamado Partido Cívico Democrático, y más inclinado a defender reformas de corte neoliberal. Por añadidura, y de resultas de una visible compartimentación de las élites políticas, el auge de la figura de Meziar en Eslovaquia abocó algo más adelante en la independencia de esta última.

También fue en noviembre de 1989, y de nuevo sin resistencia, cuando se produjo en **Bulgaria** la caída del régimen encabezado por el presidente Zivkov. Este fue sustituido por Mladenov, en un escenario en el que los dirigentes del Partido Comunista mantuvieron, pese a todo, y a diferencia de lo ocurrido en Polonia, Hungría, la RDA y Checoslovaquia, las riendas del poder. Las elecciones legislativas celebradas en junio de 1990 dieron el triunfo al Partido Socialista, la formación política heredera del viejo Partido Comunista. Con un panorama político enrarecido e inestable, un miembro de la derrotada Unión de Fuerzas Democráticas (UFD), Zelev, se convirtió en presidente del país en agosto de 1990. El triunfo posterior de la UFD en unas nuevas elecciones generales celebradas en octubre de 1991 no contribuyó, con todo, a aclarar el panorama político.

El de **Rumania** fue, en fin, el único proceso genuinamente traumático de cuantos tuvieron como escenario los aliados de la URSS. En diciembre de 1989 se produjo una breve pero sangrienta guerra civil, desencadenada tras una dura represión en la ciudad de Timisoara. La rápida detención, y la posterior ejecución, del presidente Ceaucescu y de su esposa facilitaron la instalación en el poder del Frente de Salvación Nacional (FSN), en el que se dieron cita muchos cuadros del Partido Comunista de Rumania. El







FSN obtuvo un cómodo triunfo en las elecciones generales de mayo de 1990, lo cual no impidió el despliegue de un activo proceso de ruptura interna. El régimen encabezado por el FSN no sólo tuvo que encarar una delicada situación económica: también debió hacer frente desde el principio, y con no excesivo éxito, a las demandas que planteaba la minoría húngara presente en el país.

Varios son los rasgos comunes que exhibió, en el período 1989-1991, la vida de los seis países a los que acabamos de referirnos. Por lo pronto, los viejos partidos dirigentes mostraron una inesperada debilidad, acelerada por la falta de un apoyo sólido de una Unión Soviética enfrascada en sus propios problemas. En todos ellos se registraron procesos de reconversión que por lo común acarrearon la adopción de nuevos nombres (así, mientras el POUP pasó a llamarse Socialdemocracia de la República de Polonia, el Partido Socialista Obrero Húngaro perdió su etiqueta de *obrero* y el Partido Comunista de Bulgaria se convirtió en Partido Socialista). Es importante subrayar que en el período de nuestra atención tan sólo en Rumania y en Bulgaria conservaron el poder formaciones políticas que podían considerarse herederas de los viejos partidos dirigentes.

Siempre en el terreno político, debe mencionarse otro hecho: la pérdida de peso, evidente, de la URSS en estos Estados se tradujo en un auge de los nacionalismos, que habían experimentado un visible arrinconamiento en la etapa de control soviético. Por lo demás, y como ha podido apreciarse, en todos los países que nos ocupan se celebraron elecciones generales en 1990 (un año después, en Polonia). Ese año fue también el de dos inicios: el de reformas económicas más o menos radicales y de incierto resultado (sólo Rumania y Bulgaria se mantuvieron relativamente al margen, de nuevo, de este proceso) y el de una acelerada retirada de los contingentes militares soviéticos que se hallaban presentes en la RDA, Polonia, Checoslovaquia y Hungría.

Agreguemos, en fin, que en 1990 la URSS intentó, sin éxito, salvar algo de su viejo bloque de alianzas. Su esfuerzo para convertir el Pacto de Varsovia en una alianza *político-militar* se saldó en un estrepitoso fracaso, como lo demuestran la disolución final del Pacto y la del propio CAEM. Semejante proceso tuvo, a buen seguro, repercusiones negativas sobre las reformas gorbachovianas en la medida en que suscitó el descontento de buena parte de la dirección del PCUS y de las propias fuerzas armadas soviéticas, inquietas por el retroceso experimentado en la línea de defensa del país —un nuevo retroceso se produjo en 1991, al disolverse la URSS— y por el peso simbólico de la reunificación alemana. Este conjunto de circunstancias conllevaba el acta de defunción, en fin, del escenario geoestratégico derivado de la Segunda Guerra Mundial.

Los gérmenes de la desintegración yugoslava

El hecho de que el Estado federal yugoslavo se hubiese mantenido al margen del bloque soviético —otro tanto le ocurrió a Albania, cuyo proceso de *transición* queda fuera del período de atención de este texto— acabó por conferirle una clara singularidad a los momentos finales de aquél. En lo que a nuestra descripción interesa, son cuatro los rasgos que hay que mencionar para dar cuenta de la situación yugoslava de los años ochenta.

En primer lugar, Yugoslavia vivía en una genuina interinidad política desde la muerte de Tito en 1980: en ausencia del carismático dirigente, ni la cúpula de la Liga de los Comunistas (LC) ni los gobernantes de cada una de las seis repúblicas yugoslavas —Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia, Montenegro y Macedonia— habían alcanzado un acuerdo pleno con respecto a los principios que debían regir la vertebración del Estado. Lo anterior mucho tenía que ver, en segundo lugar, con la condición federal de ese Estado, y de manera más precisa con un visible fortalecimiento —se había hecho valer en los años setenta— de las atribuciones de las repúblicas. En tercer término, la crisis económica era un dato constante en un panorama en el que desde mucho tiempo atrás coexistían, en una conflictiva y discutida relación, la planificación centralizada, un incipiente mercado y fórmulas au-



El presidente yugoslavo, Josef Tito, en la conferencia de PPCC reunida en Berlín en junio de 1976. Tras la muerte de Tito, Yugoslavia se fragmentó y padeció una atroz guerra civil; abajo, masacre en Sarajevo, capital de Bosnia



togestionarias. Por último, conviene subrayar que Yugoslavia no se hallaba integrada en ninguno de los dos grandes bloques de poder, circunstancia que dibujaba una diferencia fundamental con respecto a otros países de la Europa central y balcánica: en el Estado federal yugoslavo apenas se apreciaba la influencia del derrotero que había pasado a asumir la Unión Soviética.

Semejante situación de incertidumbre política, compartimentación espacial, indefinición económica y relativa independencia en la arena internacional fue el caldo de cultivo en el que cobraron cuerpo, dentro de las diferentes repúblicas, formas de nacionalismo más o menos agresivas. La más importante de ellas fue, sin duda, la que a partir de 1986 adquirió carta de naturaleza en Serbia: un nuevo dirigente político, Milosevic, que en un primer momento pasó por ser un reformador en clave gorbachoviana, mostró pronto su adhesión a una modalidad de nacionalismo que cuestionaba con radicalidad la construcción federal urdida por Tito en los años cuarenta. Los adalides de ese nacionalismo sostenían que **Yugoslavia** había surgido en virtud de una sistemática marginación de Serbia como nación y reclamaban la adopción de políticas que devolviesen las cosas a su sitio.

La versión radical del nacionalismo serbio, amparada por el propio Milosevic, se tradujo al poco tiempo en hechos. Los medios de comunicación empezaron a propagarla, y al efecto se ocuparon en subrayar presuntas violaciones de derechos básicos de los serbios que vivían en otras repúblicas yugoslavas. Tras apostar por una creciente centralización de todas las relaciones, el Gobierno serbio no dudó en respaldar la creación, visiblemente anticonstitucional, de *regiones autónomas* serbias en diversas partes de Croacia y de Bosnia-Herzegovina. Más adelante, y ya en 1990, el propio Gobierno de Belgrado decidió abolir la condición autónoma de que disfrutaban —dentro de Serbia— Kosovo y la Voivodina; si la primera se significaba por la existencia de una abrumadora mayoría de población albanesa, la segunda contaba con una minoría húngara.

La ruptura de todas las reglas del juego propias del Estado federal acometida por los dirigentes serbios suscitó dos reacciones de signo diferente. La primera fue un intento de recuperar un consenso de la mano del despliegue de políticas en el ámbito de todo el Estado. Desde marzo de 1989 el primer ministro yugoslavo, Markovic, intentó llevar adelante una reforma económica sobre la base de principios dictados por el FMI; fracasó en su esfuerzo, entre otras razones porque el Gobierno serbio torpedeó con eficacia la lucha antiinflacionista que Markovic auspiciaba. Pero el primer ministro fracasó también en su designio de conseguir la convocatoria de unas elecciones generales en el ámbito del conjunto del Estado federal.

En la realidad, y frente a los deseos de Markovic, se convocaron elecciones, pero por separado en cada una de las repúblicas: en aquel momento ni los dirigentes serbios ni los croatas estaban interesados en la consolidación de un poder federal colocado por encima de los suyos propios. Las elecciones, que se celebraron a lo largo de 1990 con el trasfondo de una visible ruptura en el interior de la LC, arrojaron resultados diferentes. Así, mientras en las dos repúblicas septentrionales, Eslovenia y Croacia —las más ricas— se imponían formaciones políticas de nuevo cuño, en Serbia y en Montenegro resultaban vencedores los partidos herederos de las organizaciones republicanas de la LC; en Bosnia los votos se los repartieron tres formaciones de corte nacionalista —una musulmana/bosniaca, otra serbia y la tercera croata— y en Macedonia se produjo cierto equilibrio entre un partido nacionalista y la fuerza heredera de la LC.

Los resultados de las elecciones acentuaron la dinámica centrífuga que había suscitado la conducta del Gobierno serbio. Este último ratificó, por lo demás, su apuesta de los años anteriores, como lo atestigua, por ejemplo, su negativa a dar satisfacción al principio de rotación en la presidencia federal. La política de Croacia, nada proclive a reconocer derechos de autogobierno a las partes de su territorio en las que los serbios eran mayoría o una minoría significada, agregó, por otra parte, más leña al fuego. El proceso entró en su recta final en junio de 1991 cuando, tras sendos refrendos de autodeterminación, Eslovenia y Croacia decidieron declararse unilateralmente independientes. La respuesta de un



**Manifestación
del Primero de Mayo de 1990
en Moscú**

ejército yugoslavo cada vez más *serbianizado* fue liviana en Eslovenia —en esta república apenas había población serbia— pero adquirió entidad, en apoyo de milicias serbias, en Croacia. La guerra, que se prolongó durante la segunda mitad de 1991, se saldó con la ocupación militar serbia, y la paralela *limpieza étnica,* de una cuarta parte del territorio croata.

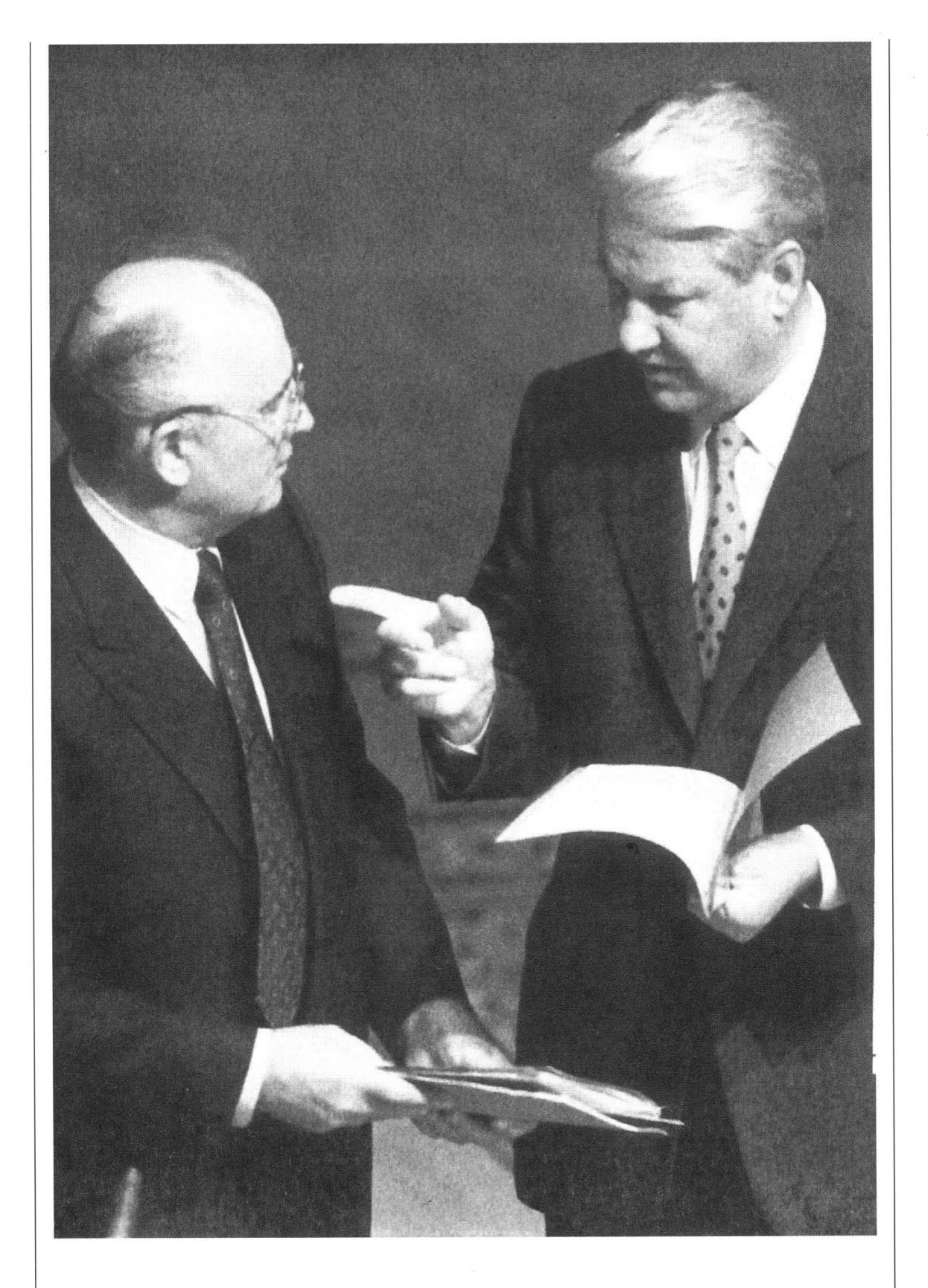
Tras un nuevo referéndum de autodeterminación y una nueva declaración de independencia, ahora en Bosnia-Herzegovina, en abril de 1992 estalló el segundo de los grandes conflictos yugoslavos. En él fue decisiva una circunstancia que ha estado en el centro de todo el proceso de desintegración del Estado federal: la competición entre dos grandes potencias regionales, Serbia y Croacia, cuyos Gobiernos adoptaron formas de nacionalismo agresivo pronto traducidas en el rechazo de la convivencia multicultural, en la conquista de territorios por la fuerza y en la *limpieza étnica* de esos territorios. Con la independencia, en fin, de Macedonia, Yugoslavia agregaba su nombre al de otros dos Estados multinacionales que, de forma más tranquila, habían experimentado activos procesos de desintegración: la URSS y Checoslovaquia.

El golpe de agosto de 1991 y la disolución de la URSS

La *perestroika* entró en su última e incierta fase en el verano de 1990. Se celebró entonces un Congreso ordinario del PCUS del que se derivó un hecho sustancial: la mayor parte de los reformistas que todavía se encontraban dentro del Partido decidió abandonarlo, con lo cual Gorbachov quedó al frente de una gigantesca maquinaria en la que la hostilidad hacia los cambios era cada vez más notoria. Al menos en primera instancia, la reacción del máximo dirigente soviético no fue otra que adaptarse al nuevo entorno. En el otoño, Gorbachov imprimió un giro conservador a la mayor parte de las políticas oficiales. Adoptó, así, un programa económico que apenas introducía cambio alguno, procedió a destituir a algunos de sus colaboradores más abiertos y, por encima de todo, desplegó una política de gran dureza frente a los movimientos nacionalistas de la periferia. Los signos más claros de esta política fueron una *Ley de Secesión,* que restringía significativamente el derecho de autodeterminación, y un *Tratado de la Unión,* que en la versión defendida por Gorbachov en el otoño de 1990 implicaba escasas concesiones en materia de descentralización. La política exterior soviética mantenía, sin embargo, el mismo tono de años anteriores, bien reflejado en la firma, en París, de un acuerdo de reducción de fuerzas convencionales en Europa. La URSS pareció aceptar de pleno la supremacía planetaria de los EE.UU., en la medida en que proporcionó a la potencia rival un apoyo indisimulado durante la crisis que condujo, a principios de 1991, a la guerra del golfo Pérsico. El esquema de confrontación entre las grandes potencias entraba por vez primera en crisis abierta, y lo hacía por quiebra de una de ellas.

Al aproximarse la primavera de 1991 se hizo evidente, sin embargo, que las cosas no mejoraban. Los datos económicos eran muy desalentadores y la situación social se iba degradando poco a poco. Fue entonces cuando Gorbachov —que había conseguido sacar adelante, en marzo, un discutido referéndum que ratificaba formalmente el vigor de la URSS— decidió recuperar, al menos en apariencia, el pulso de las reformas. Asumió un programa económico de tono más radical y decidió renegociar, sobre la base de los llamados acuerdos de Novo Ogariovo, el contenido del Tratado de la Unión de forma más concesiva para las repúblicas. Al hacer esto último se limitaba a tomar nota de lo que en los hechos había sido una consecuencia de sus políticas de los años anteriores: habían aparecido nuevos poderes —y a su amparo se habían consolidado élites políticas, viejas o nuevas— que ya no quedaban bajo la férula del Kremlin. La política exterior mantenía, en fin, su contenido genéricamente concesivo para con los intereses occidentales, como lo demostraba la firma de un acuerdo de reducción de armas estratégicas, el *START-I,* efectuada en julio de 1991.

A la hora de explicar por qué en agosto de 1991 se produjo en la URSS un intento de golpe de Estado, la interpretación más extendida es sencilla: el giro al que acabamos de referir-



Gorbachov y Yeltsin el 23 de agosto de 1991, tras la superación del golpe de Estado

nos acabó por convencer a los sectores más reacios a las reformas, y a buena parte del propio aparato de poder gorbachoviano, de que era preciso imprimir un freno a muchas políticas. Conviene no olvidar que la mayor parte de éstas había producido resultados negativos y que el descontento era particularmente perceptible en unas fuerzas armadas que habían tenido oportunidades sobradas para apreciar el deterioro de su posición. Pero, en definitiva, la improvisación de los organizadores del golpe, la aparente limitación de sus objetivos, la resistencia de muchos de los dirigentes republicanos, las reticencias de una parte de las fuerzas armadas y la respuesta popular en las grandes ciudades condujeron al golpe al fracaso. Más aún, convirtieron en gran beneficiario de la situación al presidente de la Federación Rusa, Yeltsin.

Este fracaso abrió el camino, por lo demás, a la ilegalización del PCUS. La figura de Gorbachov, privada del que era su instrumento político principal y cuestionada desde la periferia republicana, entró en rápido declive. Así las cosas, la etapa de *perestroika* podía darse por concluida tanto más cuanto que, de manera muy rápida, el Estado soviético empezó a venirse abajo. Estonia, Letonia y Lituania vieron reconocida su independencia a finales de agosto, mientras otras repúblicas ratificaban sus proyectos de soberanía o anunciaban refrendos de autodeterminación.

Al mismo tiempo, la situación económica seguía degradándose y, en un marco de general caotización, cobraban cuerpo singularísimos procesos como el vinculado con la declaración unilateral de independencia de Chechenia, en el Norte del Cáucaso.

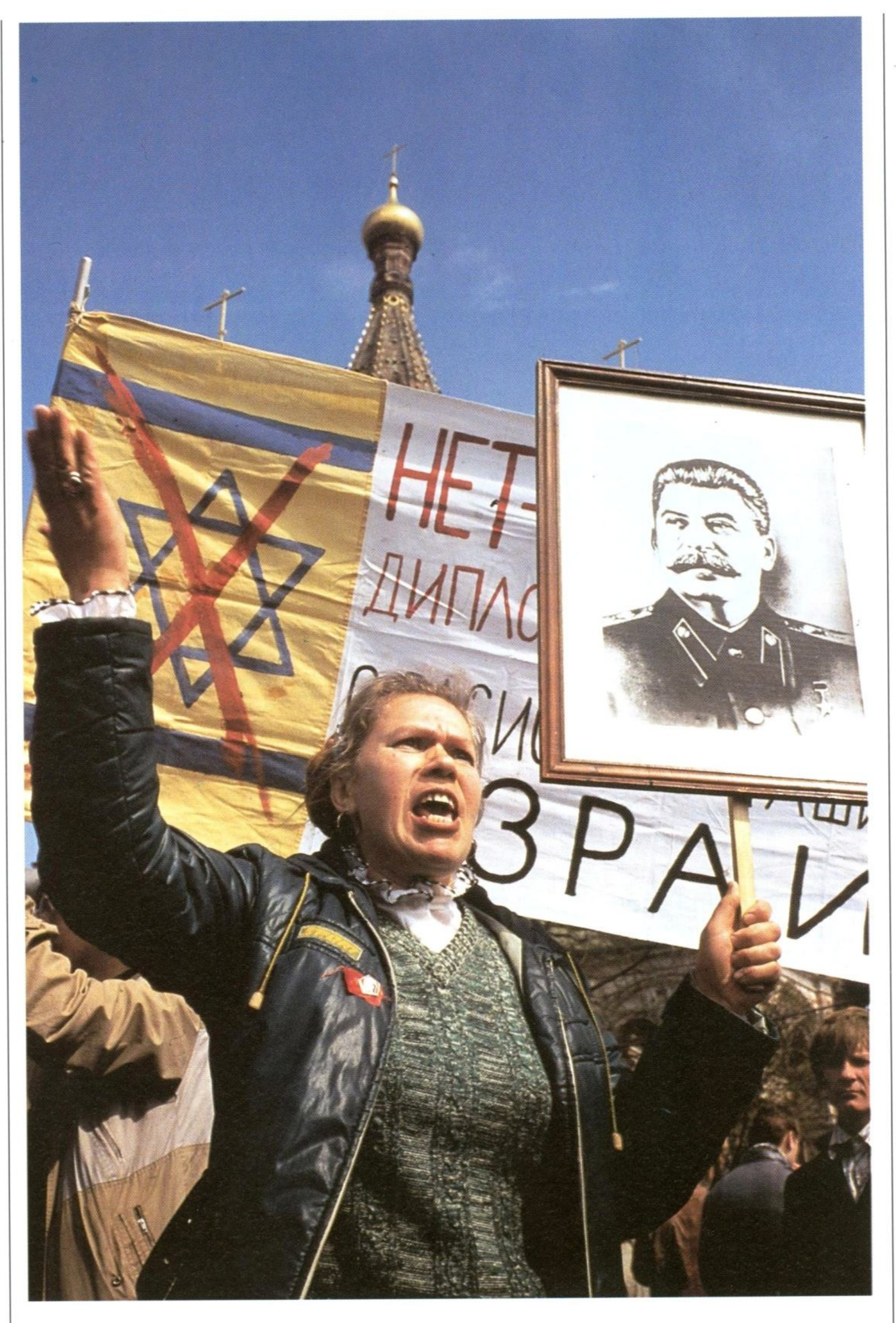
La Federación Rusa, con la ascendente figura de Yeltsin, pasó a ocupar un papel prominente, como lo demuestra el hecho de que se hiciese cargo, en términos presupuestarios, de las instituciones centrales de la URSS. En Rusia apenas podía identificarse, sin embargo, la influencia de un movimiento nacionalista poderoso: eran claves políticas más convencionales las que explicaban la reyerta entre Yeltsin y Gorbachov.

La definitiva marginación de este último, en posición cada vez más débil, fue el resultado de acontecimientos acaecidos en diciembre de 1991. A principios de ese mes Ucrania celebró un referéndum de autodeterminación en el que la opción independentista resultó vencedora. Al cabo de unos días, los presidentes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia decidieron constituir una especie de laxa confederación que, con el nombre de Comunidad de Estados Independientes (CEI), en buena lógica debía acarrear la desaparición de la URSS. Aunque conforme al proyecto inicial tan sólo las tres repúblicas eslavas —las que acabamos de mencionar— estaban llamadas a conformar la CEI, unos días después se adhirió a ésta la mayoría de las restantes repúblicas soviéticas que no eran todavía plenamente independientes. Tal adhesión implicaba de hecho la independencia de esas repúblicas y, en consecuencia, la desaparición de la URSS, que se produjo, con la paralela dimisión de Gorbachov, en los últimos días de 1991.

Los sistemas resultantes

Hoy, al cabo de varios años, parece fuera de duda que el optimismo imperante a finales de la década de 1980 era injustificado. Es verdad, con todo, que los procesos entonces iniciados han discurrido de mejor forma en la Europa central que en el espacio que antes ocupaba la Unión Soviética. Aunque no exentas de problemas, las *transiciones* polaca, checa y húngara pueden exhibir resultados halagüeños en materia de consolidación de instituciones democráticas, de recambio en el poder o de incipiente recuperación económica. No puede decirse otro tanto, en cambio, de lo ocurrido en Rusia, en Ucrania o en las repúblicas del Cáucaso, escenarios en los cuales —habida cuenta de la inestabilidad política y de la preocupante situación económica— es poco menos que imposible predecir el futuro.

La enumeración de los problemas —reiteremos que mucho más hondos cuanto más nos trasladamos hacia el Este— que acosan a los nuevos regímenes no es tarea sencilla. Por lo pronto, las tendencias autoritarias despuntan por doquier en escenarios en los que el principio de división de poderes no es objeto de un respeto meticuloso y en los que no puede hablarse



**Añoranza estalinista
en una manifestación del Primero de Mayo
de 1991 en Moscú**

de sistemas de partidos consolidados. Esto último lo han puesto de manifiesto, de manera reciente, el auge y el predicamento de formaciones políticas herederas de los viejos partidos dirigentes.

En paralelo, debe recordarse que se ha producido una activa reconversión de capas enteras de la *nomenklatura* de antaño, y ello tanto en la política como en la economía. Las sociedades civiles siguen siendo débiles y en muchos lugares no faltan, tampoco, violaciones de derechos humanos básicos.

Los procesos de reforma económica han arrojado, por su parte, resultados inciertos. Hay al respecto un par de datos comunes a toda el área geográfica de nuestra atención: si el uno es la aparición de fórmulas de capitalismo salvaje, el otro es una aguda y generalizada crisis social.

Los niveles de producción han experimentado, entre tanto, una dramática reducción en los Estados herederos de la URSS. Agreguemos, en suma, que el auge de los movimientos nacionalistas ha adoptado en algunos casos —en modo alguno siempre— formas agresivas que comúnmente están detrás de conflictos bélicos de singular relieve. Estos últimos han quedado provisionalmente circunscritos a los restos del Estado federal yugoslavo y a la periferia de la URSS de antaño.

Un futuro complicado

A la hora de dar cuenta del nuevo entramado internacional en la Europa central y oriental hay que referirse, en primer lugar, a una reconfiguración de zonas de influencia: el retroceso estratégico experimentado por la URSS, y más adelante por Rusia, no ha impedido que ésta siga disfrutando, sin embargo, de una perfilada zona de influencia en el ámbito de las repúblicas que integran la CEI.

El legado de los acontecimientos de 1989 es, sin embargo, confuso en lo que atañe a la Europa central: pese a haber retirado sus contingentes militares, Rusia parece estimar que países como Polonia, la República Checa, Eslovaquia o Hungría, que ya no son parte de su esfera de influencia, deben disfrutar en la arena internacional de una capacidad de movimiento recortada.

El resultado no es otro, a la postre, que una disputa, entre el mundo occidental y Rusia, sobre la condición final de esa área geográfica. La pervivencia de instituciones del pasado, como la OTAN, se ve completada, del lado ruso, por un visible renacimiento de un discurso imperial impregnado de ribetes militares, en un escenario en el que algunos de los elementos propios de la confrontación entre bloques se aprestan, muy probablemente, a reaparecer.

Mientras, las estructuras supraestatales propias de la Europa central y oriental son muy débiles. Si la CEI apenas ha adquirido contenidos —acaso los incorporará cuando Rusia decida emplearla como instrumento al servicio de sus intereses regionales—, la entidad del triángulo de Visegrad, que acoge a varios países de la Europa central, no es mucho mayor. Resulta visible, por lo demás, el hundimiento de los lazos económicos entre los países de Europa central y los Estados herederos de la URSS. Ese hundimiento, fácil de explicar en términos geopolíticos y geoestratégicos, se ha llevado consigo también —no lo olvidemos— muchos vínculos que eran estrictamente naturales. Ha contribuido, así, a deteriorar la situación económica general y ha acrecentado en paralelo el papel de potencias foráneas; ahí están, si no, la creciente influencia alemana en la *Mitteleuropa* y el control, las más de las veces no precisamente afortunado, que el FMI ejerce sobre las políticas económicas de la mayoría de estos Estados.

A algunos analistas se les antoja que el peso creciente del FMI no puede desgajarse, en fin, de un activo proceso de tercermundizacion de muchos de los países del área, incapaces de competir en pie de igualdad en los mercados internacionales, tecnológicamente postergados, socialmente escindidos y con instituciones políticas sólo aparentemente democráticas.

Fueren las cosas como fueren, parece innegable que los últimos años no han permitido despejar demasiadas incógnitas en el panorama de la Europa central y oriental. Casi todo anuncia, en suma, que esta última seguirá siendo en el futuro un espacio impregnado de singularidades.



Disolución de la URSS: Boris Yeltsin, junto a los presidentes de Ucrania, Bielorrusia y Kazakistán, en la conferencia de Alma Ata, el 21 de diciembre de 1991, en que se formó la inoperante Comunidad de Estados Independientes

Bibliografía

Introducciones a los cambios en la URSS son los libros de Aguilera de Prat, C.R., *La crisis del Estado socialista,* Barcelona, PPU, 1994. Carrère d'Encausse, H., *El triunfo de las nacionalidades,* Madrid, Rialp, 1992. Claudín, F. (dir.), *La perestroika. ¿A dónde va la Unión Soviética?* Madrid, Pablo Iglesias, 1989; García Alvarez, M., *Las reformas jurídico-políticas en la URSS,* Madrid, CEC, 1991. Karol, K.S., *Un año de revolución en el país de los soviets,* Madrid, El País-Aguilar, 1989; Martín, R.M. y Pérez, G.A., *La Unión Soviética; de la perestroika a la desintegración,* Madrid, Itsmo, 1995. Palazuelos, E., *La economía soviética más allá de la perestroika,* Madrid, Ciencias Sociales, 1990, y Sapir, J., *Adiós al sistema soviético,* Madrid, Acento, 1993. Una exposición del pensamiento de Gorbachov se incluye en su libro *Perestroika,* Barcelona, B, 1987.

Sobre lo ocurrido en los aliados de la URSS en la Europa central y balcánica se consultarán con provecho Brossat, A. (dir.), *En el Este, la memoria recuperada,* Valencia, Alfons el Magnànim, 1992. Dahrendorf, R., *Reflexiones sobre la revolución en Europa,* Barcelona, Emecé, 1991. Garton Ash, T., *Los frutos de la adversidad,* Barcelona, Planeta, 1992. González, C., *Crisis y cambio en la Europa del Este. La transición húngara a la democracia,* Madrid, CIS-Siglo XXI, 1993. Luengo, F. (dir.), *Europa del Este: ¿transición o crisis?* Madrid, IEO, 1993.

Los inicios de la desintegración yugoslava se analizan en Ferón, B., *Yugoslavia. Orígenes de un conflicto,* Barcelona, Salvat. 1995. Samary, C., *La fragmentación de Yugoslavia,* Madrid, Talasa, 1993. Veiga, F., *La trampa balcánica,* Barcelona, Grijalbo, 1995. Los monográficos de *Debats* (n.º 48, junio de 1994) y *Cuadernos del Este* (n.º 5, 1992) titulados, respectivamente, «Los Balcanes» y «Yugoslavia rota».

Estudios de carácter general sobre los cambios acaecidos en el Este son los de Blackburn, R. (dir.}, *Después de la caída,* Barcelona. Crítica, 1993. Heller, A. y Fehér. F., *El péndulo de la modernidad,* Barcelona, Península, 1994. Ruiz de Elvira, M. y Pelanda, C. (dirs.), *Europa se reencuentra,* Madrid, El País-Aguilar, 1991.

Cronología

1985

En el mes de marzo muere Chernenko, y le sustituye en el cargo Mijail Gorbachov. El nuevo secretario general impulsa directamente la renovación de la economía. Paulatinamente van siendo sustituidos los altos cargos más conservadores, y el 2 de julio el prestigioso Gromiko es lanzado al ostracismo efectivo, al ser nombrado jefe del Estado. Paralela a la renovación de los



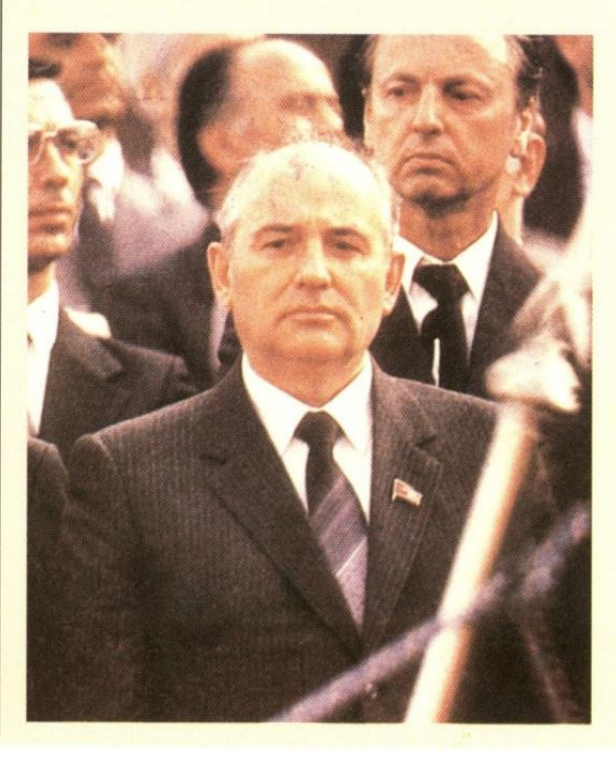
cuadros del partido, se va afianzando la posición de Gorbachov de cara al Ejército. El 19 de noviembre, el dirigente soviético se entrevista en Ginebra con el norteamericano Reagan.

1986

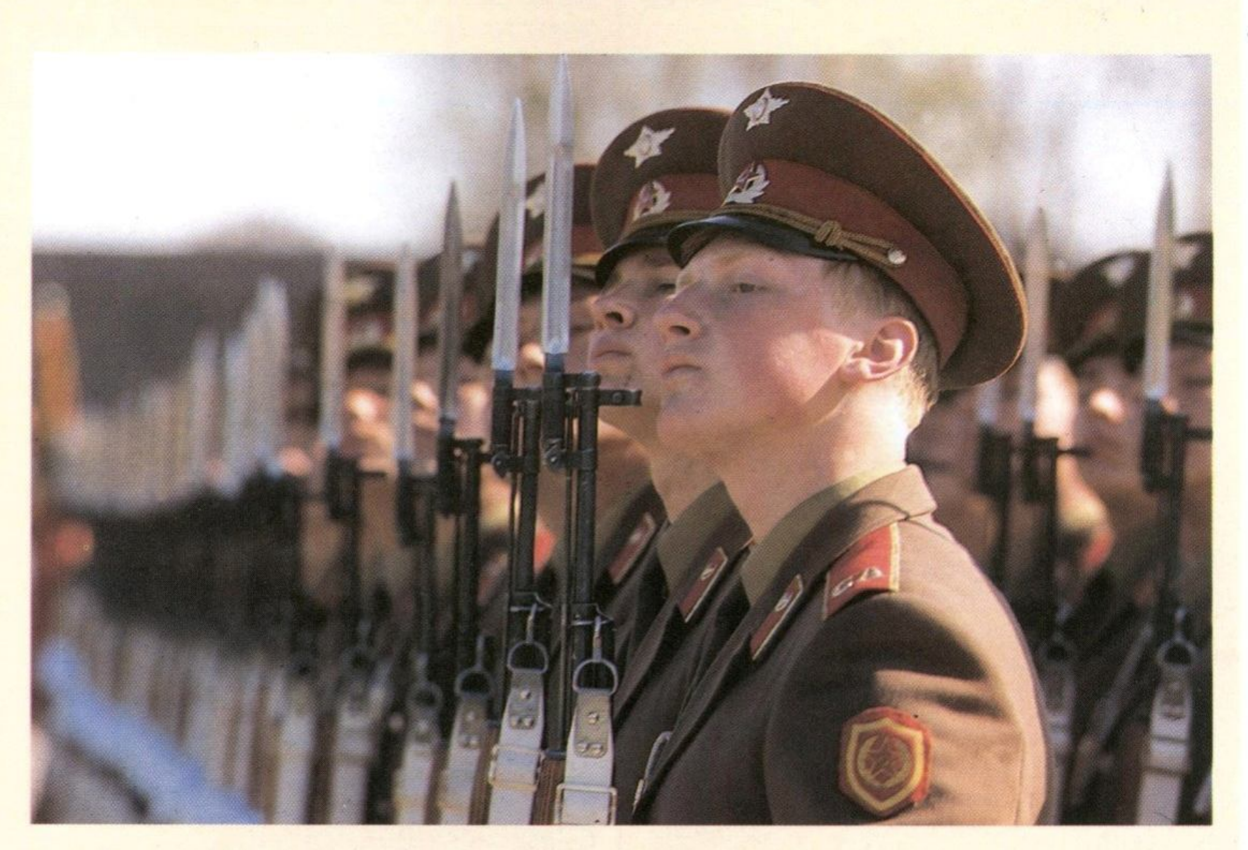
Siguiendo una línea de distensión, Gorbachov propone —15 de enero— a los Estados Unidos el desarme nuclear total, y en abril una reducción de las fuerzas estacionadas en Centroeuropa. El 26 de abril se produce la catástrofe de la central nuclear de Chernobil. Mientras, prosigue la apertura de procesos por corrupción en la época de Breznev. El 11 de octubre, nueva cumbre entre los dos grandes en Reikjavik, capital de Islandia. Prosigue la política aperturista: hay una creciente libertad de expresión, y Sajarov puede abandonar el lugar de su destierro. La prensa va mostrando una mayor capacidad informativa. Se inicia —15 de octubre— la retirada de efectivos de Afganistán.

1987

El 1 de enero la nueva legislación sobre comercio exterior abre grandes posibilidades a la economía de intercambio, mientras prosigue la política de destituciones de cargos breznevistas en la administración local. El 27 de enero, Gorbachov propone al Comité Central la democratización del partido. Comienza a manifestarse el movimiento nacionalista en las repúblicas bálticas y en las del Sur del país. El 28 de mayo, el alemán Mathias Rust consigue aterrizar en la Plaza Roja de Moscú. El 21 de junio, en las elecciones parciales de soviets *locales se proponen —por vez primera— candidatos alternativos. La ley de 30 de junio, que reorganiza y democratiza a la empresa, complementa a la de 1 de mayo, que abría nuevas vías a la actividad privada en el ámbito empresarial. Prosiguen los intentos por sofocar este proceso renovador. Gorbachov contraataca a quienes le acusan de actuar contra el*



Página izquierda, arriba, Andropov; abajo, Gorbachov. Página derecha, arriba, desfile conmemorativo de la II Guerra Mundial en Moscú en los años ochenta; abajo, fiesta militar en el parque Gorki... el final de los buenos tiempos soviéticos



socialismo. El 8 de diciembre, la Unión Soviética y los Estados Unidos firman un acuerdo parea la destrucción de missiles *en Europa.*

1988

Nuevos brotes nacionalistas en las repúblicas periféricas. Sangrientos enfrentamientos —28 de febrero— en Bakú entre armenios y azeríes. El día 15 de mayo culmina la retirada soviética de Afganistán. A fines de este mes, los movimientos insurreccionales deciden la sustitución de altos cargos de la Administración local. Discusión —15 de junio— sobre reestructuraciones fronterizas en Armenia; Gorbachov se opone a cualquier cambio de límites. En los primeros días de octubre, purga de elementos conservadores *en el seno del Comité Central de PCUS. Ligachev, Medvedev y Chebrikov, entre los nuevos actores de la situación. Se oyen muchas voces dirigidas contra la política de reforma que impulsa ahora el máximo dirigente del Kremlin.*

1989

El 26 de marzo tiene lugar las elecciones para el nuevo Parlamento de la URSS. El 9 de abril, la intervención del Ejército, para sofocar el levantamiento nacionalista, provoca gran cantidad de víctimas en el Cáucaso. Celebración —15 de mayo— de la primera reunión entre los máximos dirigentes soviéticos y chino —Gorbachov y Deng Hsiaoping— desde hace dos décadas. En noviembre, la apertura del muro de Berlín decide una nueva era para la presencia soviética en el centro del continente europeo. Nuevos reajustes —di-





ciembre— administrativos en la república de Armenia. Posible intervención de la Policía secreta soviética en el derrocamiento de Ceaucescu en Rumania, en los días finales del año.

1990

Durante la primera mitad del mes de enero, violentos incidentes en Bakú provocan centenares de víctimas; cierre de las fronteras con Turquía e Irán. El 20 de enero, la región azerbaijana de Najicheván se declara independiente. Tras las masivas manifestaciones en Moscú, en demanda de una mayor democratización en todas las estructuras del Estado, el Pleno del Comité Central del PCUS declara —7 de febrero— la renuncia oficial al monopolio del poder, y da paso a formas de pluripartidismo. El 24 de febrero, los independentistas ganan las elecciones en Lituania. El 27 de febrero, el Soviet Supremo aprueba las formas de gobierno presidencialista, a ratificar de inmediato; aprueba también la nueva legislación sobre la tierra, que permite la propiedad privada y la transmisión por herencia. El 4 de marzo, los independentistas lituanos se alzan nuevamente con la victoria en la segunda vuelta de las elecciones. El 18, los cristianodemócratas ganan las elecciones en la RDA. El 25, la derecha se alza al poder en Hungría. El 3 de abril, el Parlamento soviético aprueba una Ley de Secesión. *El nuevo Gobierno germanooriental se pronuncia por la unificación alemana. Los días 22 y 23, el centro-derecha gana las elecciones en Croacia y Eslovenia. El 20 de mayo el Frente de Salvación Nacional triunfa en las elecciones rumanas y, el 27, los candidatos de* Solidaridad *vencen en las municipales de Polonia. Dos días más tarde, Yeltsin es elegido presidente del Parlamento ruso. El 9 de junio, el Foro Cívico obtiene la mayoría en las elecciones checoslovacas. El 15, se producen duros enfrentamientos en Bucarest entre estudiantes oposicionistas y mineros instrumentados por el Gobierno como fuerza de choque. El 17, el Parlamento de la RDA acuerda adoptar las medidas necesarias para la unión con la RFA bajo la Constitu-*

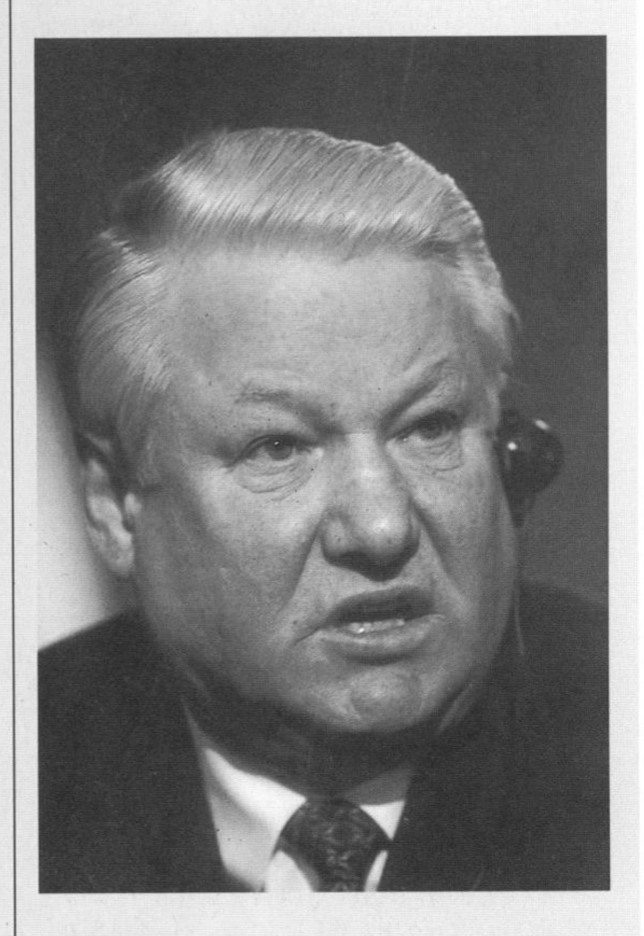


ción Federal. El 20, Ion Iliescu, electo presidente de Rumania, toma posesión de su cargo. Desde el 1 de julio, las dos Alemanias tienen un solo signo monetario. Fuerte protesta popular en Bulgaria contra el Partido Socialista (ex comunista). El 5, Vaclav Havel es elegido presidente de Checoslovaquia y, el 10, el XXVIII Congreso del PCUS reelige a Gorbachov como secretario general. Este acepta la reunificación de Alemania y su integración total en la OTAN. El 1 de agosto Moscú levanta todas las restricciones para la posesión y uso de divisas extranjeras. El 24 de septiembre Gorbachov obtiene del Soviet Supremo plenos poderes para gobernar por decreto y legaliza la libertad de conciencia (1 de octubre). El 9, libertad para la organización de partidos políticos en la URSS. En noviembre entran en vigor los decretos de Gorbachov para impulsar el tránsito hasta la economía de mercado. Gorbachov visita la Alemania reunificada el 2 de octubre. El 14 de noviembre Alemania y Polonia firman un tratado de garantía de fronteras. El 20 de diciembre, Sheverdnaze deja el cargo de ministro de Exteriores y anuncia el peligro de una dictadura.

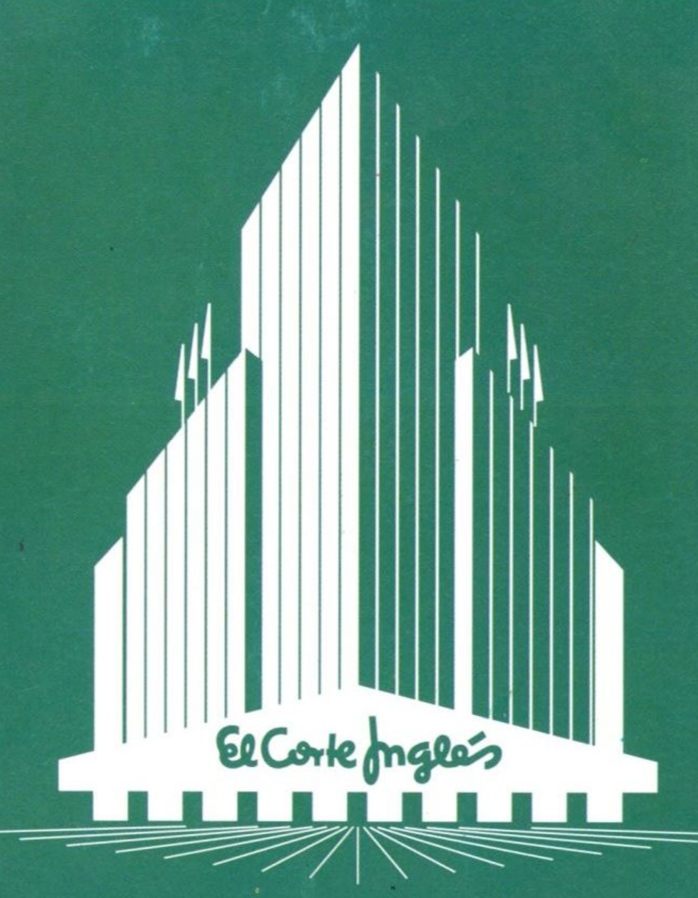
Página izquierda, arriba, helicóptero soviético en Afganistán; abajo, Gorbachov durante su visita de octubre de 1991 a Madrid. Derecha, Boris Yeltsin

1991

A lo largo de enero, sangrientos enfrentamientos entre fuerzas soviéticas e independentistas en Letonia y Lituania. El 8 de febrero, el electorado lituano respalda la opción de la independencia. El 17 de marzo el pueblo soviético vota, en su primer referéndum, por la preservación de la Unión: triunfo de Gorbachov. Boris Yeltsin comienza a destacar como su principal opositor. El 9 de abril, Georgia vota por la independencia. Es la quinta república en hacerlo, tras Estonia, Letonia, Lituania y Armenia. El 12 de junio, Yeltsin es elegido presidente de la Federación Rusa. El 25, Croacia y Eslovenia declaran su independencia; interviene el Ejército yugoslavo. Tres días más tarde, es disuelto el CAEM y, el 1 de julio, desaparece el Pacto de Varsovia. El 25, Gorbachov se pronuncia por el abandono del marxismo-leninismo. *El 31, los EE.UU. y la URSS firman un acuerdo de reducción de fuerzas nucleares estratégicas. Entre los días 19 y 21 de agosto fracasa un intento de golpe de Estado: el PCUS, ilegalizado. Las tres Repúblicas bálticas acceden a la plena independencia. El 7 de septiembre la Comunidad Europea promueve una*



conferencia de paz sobre Yugoslavia. El 15 de octubre, triunfa en las elecciones de Chechenia el Congreso Nacional del Pueblo Checheno; el 1 de noviembre Chechenia se declara unilateralmente independiente de la Federación Rusa. El 1 de diciembre es aprobada en referéndum la independencia de Ucrania. El 8, los presidentes de Rusia, Bielorrusia y Ucrania deciden crear una Comunidad de Estados Independientes, CEI. El día 25 de diciembre, Gorbachov dimite de su cargo y la Unión Soviética desaparece formalmente.


El Corte Inglés